
*Patria de destino versus patria de origen: la visión de América de los exiliados españoles en Cuadernos Americanos**

Alejandra Barriales*

Tiene la patria verdadera por virtud crear el exilio.

María Zambrano, *Los bienaventurados*.

Señala Vicente Lloréns que “la gran novedad” surgida del exilio republicano de 1939 fue “el contacto con América, especialmente con el mundo hispanoamericano”.¹ Ciertamente, la buena acogida general que ciertos países latinoamericanos —y, de forma muy especial, México— ofrecieron a los miles de refugiados españoles provocó un estrechamiento de lazos, no sólo humanos, sino también intelectuales. Desde el comienzo del éxodo se produjo por parte de los españoles una intensa colaboración en diferentes proyectos culturales americanos. Según Gabriel Vargas Lozano, la traducción, la enseñanza, la creación o impulso de medios culturales y la obra personal son las cuatro vías por las que los intelectuales exiliados ofrecieron sus significativas aportaciones al panorama cultural de estos países anfitriones.² Aunque muchos de los exiliados continuaban con la mirada puesta en la patria que acababan de dejar, otros, sin embargo, decidieron hacer de la realidad americana el tema principal de sus investigaciones y proyectos, escribiendo desde, sobre y para América.

* Universidad de Massachusetts en Amherst, Estados Unidos.

Fundada en México en 1942 por dos mexicanos —Jesús Silva Herzog y Bernardo Ortiz de Montellano— y dos españoles —Juan Larrea y León Felipe—, la revista *Cuadernos Americanos* es uno de estos proyectos, pues los españoles que colaboran en ella difunden desde sus páginas la visión y las expectativas que tienen sobre este continente al que —usando palabras de José Gaos— intuyen ya como su *patria de destino*.³ Este trabajo se propone estudiar la visión de América que los colaboradores exiliados españoles ofrecieron en *Cuadernos Americanos*. Entre 1942 y 1945 autores como Francisco Giner de los Ríos, Juan Larrea, José Gaos, Pedro Bosch-Gimpera y Francisco Carmona Nenclares publican en esta revista numerosos artículos sobre el continente que les ha acogido. A partir de 1945, año límite de la que Juan Marichal considera fase inicial del exilio, sus eufóricos artículos sobre América desaparecen de la publicación.⁴ Quizás deba entenderse esta ausencia como uno de los síntomas de la primera fosilización del exilio, una vez que el optimismo por la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial y la ilusión de un posible regreso a España se habían apagado. Por tanto, este trabajo se centrará, sobre todo, en los artículos que estos autores publicaron en los tres primeros años de vida de la revista, artículos que podrían ser incluidos en la categoría que José María Naharro-Calderón denomina del “supra-exilio”, porque en ellos los

exiliados buscan “la trascendencia de la expulsión gracias a un universalismo integrador”.⁵ Estos autores logran superar los obstáculos aniquiladores que acarrea toda expulsión y encontrar las peculiaridades ventajosas de su destierro. Sus artículos no reflejan visión melancólica alguna sobre la destrucción sufrida por España y Europa, sino que, al contrario, todas sus esperanzas y energías parecen ya puestas en el horizonte americano, tierra a la que consideran en esta insólita hora el porvenir del mundo y el último refugio de la libertad. Su esperanza en el futuro desarrollo de América les obliga a estudiar el pasado y el presente del continente. Al acercarse a la historia americana, encuentran en los promulgadores de los procesos de independencia la proyección trasatlántica de sus antepasados liberales. Sus artículos son el testimonio de la búsqueda y aceptación de una nueva patria, basada esta vez no ya en criterios geográficos sino en sus convicciones políticas, que les permiten hermanarse con los liberales americanos al mismo tiempo que les enfrentan a los postulados del fascismo peninsular y americano.

América, “el porvenir del mundo”

Como hemos señalado, *Cuadernos Americanos* empieza a publicarse en la mitad de la Segunda Guerra Mundial y en los artículos se aprecia la conmoción que este conflicto bélico provoca en los diferentes colaboradores. Las trágicas circunstancias por las que está pasando Europa influyen profundamente en la imagen de América que los exiliados construyen. Para superar la frustración que en ellos provoca la ejemplaridad negativa del caso europeo ponen su fe y esperanza en el continente al que acaban de llegar. En estos días de “poda y purga”, frente al “aspecto monstruoso” de Europa es hora de “soltar lastre” y poner la mirada en el continente que ha de ser escenario del futuro para fundar en él “...una sociedad sobre principios más justos, humanos y universales que los del Viejo Mundo”.⁶ Más adelante, en este mismo artículo, Larrea verifica la visión de América como último refugio salvador para el deteriorado mundo europeo:

Toda esta sarta de circunstancias adversas, con la desmoralización que implican, sería alarmante, para el inmediato porvenir de la especie, significaría la pérdida de la esperanza en el tan apetecido más allá [...] si no existiera América, entidad que a mi entender, ofrece una razón, de espacio y tiempo adecuados para la verificación de la decisiva etapa superadora.⁷

En vez de perpetuar un grito desesperado por la pérdida de Europa —pérdida que había comenzado con el sacrificio de España— o ilusionarse con una posible reconstrucción de lo que está siendo aniquilado en el horror de la guerra, los exiliados ven en esta guerra un proceso irreversible, del que ha de salir algo nuevo en un territorio también nuevo. José Gaos lo asevera con estas palabras: “...el liberalismo y su crisis se revelan en el proceso —causado por los fondos más misteriosos de la histórica naturaleza humana— de transición de una vieja a una nueva comunidad o comunión”.⁸ Frente a una Europa exhausta en su ocaso, América se revela para los españoles exiliados en México como “la aurora o el alba de oro”,⁹ siendo para ellos “una nueva vida, un literal nuevo mundo”.¹⁰ Sus palabras se hacen así eco de las opiniones de Pi y Margall y Ruben Darío que aparecían recogidas en la primera portada de *Cuadernos Americanos*: para el político español América era su “esperanza” por estar “llamada a salvar al mundo” y el poeta nicaragüense encontraba en ella “el porvenir del mundo.”

“Única tierra de verdadera libertad”

Los exiliados se sienten así testigos de lo que Larrea denomina un “fenómeno insólito”: “...por primera vez desde hace siglos, Europa ha sido invadida. Por América. Europa ha tenido que ser libertada de sus propios terribles instintos por el Nuevo Mundo”. América se apodera de los intelectuales, no por la fuerza, sino por el principio racional de la libertad. Continúa explicando Larrea que Europa:

...ha sido invadida no en son de conquista, explotación o venganza, normas del viejo mundo occidental, sino a impulsos de un sentimiento más evolucionado: el derecho del hombre a la Libertad, que, si concebido como ideal por Europa, sólo parece que en nuestros días tenga aplicación lejos de su solar nativo.¹¹

Con la amenaza del fascismo por las tierras de Europa —y los exiliados españoles saben bien que puede ser más que una amenaza— América es vista como “la más caracterizada y casi única tierra de verdadera libertad en el mundo” y propuesta como un modelo ejemplar para el resto del mundo.¹²

A buen seguro que la experiencia personal de los exiliados influyó en su concepción de América como refugio de la libertad y de los intelectuales que la defienden. El generoso apoyo que tanto Lázaro Cárdenas como Ávila Camacho prestaron en todo momento a los refugiados españoles y al gobierno de la República en el exilio condicionó seguramente estas palabras entusiastas y calurosas sobre América. México es un ejemplo cercano de esa superioridad política y moral que ellos atribuyen al continente entero. Es considerado ejemplar y la “excepción gloriosa” en el panorama mundial por mantener una política internacional inflexible hacia el caso de la Guerra Civil española y el posterior establecimiento del régimen franquista.

Francisco Giner de los Ríos enumera los significativos gestos que las autoridades mexicanas tuvieron con los refugiados españoles: no reconocieron el gobierno franquista al mismo tiempo que defendieron el sistema republicano español ante la Sociedad de Naciones, vendieron armas al bando republicano, acogieron a los niños huérfanos de la guerra en Morelia, a los intelectuales en La Casa de España, abriendo, más tarde, las puertas del país a todo aquel exiliado que quisiera hacer de México su refugio y después de reconocer a España como la primera víctima internacional del fascismo en la Conferencia de San Francisco en junio de 1945, auspiciaron el primer gobierno español en el destierro.¹³ En efecto, el gobierno de México fue el único que se mantuvo

firme a lo largo de todo el conflicto, español primero y europeo más tarde, y por ello recibe calificaciones elogiosas de casi todos los exiliados. Larrea lo describe como el país con “mayor autoridad moral del mundo” y al que “...ni silencios cobardes, ni colaboraciones indirectas, ni interesados oportunismos amenguan el brillo de su conducta”.¹⁴ Resulta interesante este énfasis que los autores ponen en la factibilidad de la democracia americana cuando en ese momento en el continente hay dictaduras como la de Trujillo en la República Dominicana. Sin duda, la acogida que habían tenido en México y la victoria aliada eran circunstancias que fomentaban su optimismo.¹⁵

Por “la esencia entrañada en aquel mundo”

Aunque con diferencias evidentes que dependen de sus ideologías respectivas, todos coinciden en defender una gran tarea y un espléndido futuro para América y son los primeros en alentarla desde sus colaboraciones en *Cuadernos Americanos*. Larrea, por ejemplo, cree que América es la tierra llamada a ver el paso del occidentalismo a la universalidad, pues reúne las condiciones necesarias para lograr la síntesis perfecta: la materia en el Norte del continente y el espíritu en el Sur, lo que él denomina en otro de sus artículos “el pan y la palabra”.¹⁶ Según este autor, la nueva humanidad que surgirá desde América presenciara por fin el triunfo de “los valores humanos superiores”¹⁷ y el cometido con el que nace *Cuadernos Americanos* no es otro que el de “...pronunciar la palabra que pueda hacer en su día posible la solidaridad del continente entero dentro de una noción más excelsa y universal de lo humano”.¹⁸ Cuando la revista se encuentra en su quinto año de vida, José Gaos reitera que la tarea de los que colaboran en la publicación sigue siendo “...oponerse en particular a que América sea infiel a su misión, a su destino, y cooperar en general a que se constituya la nueva comunidad o comunión, comunicándola no sólo a través de conceptos, sino de cuanto llamé una política de edificación”.¹⁹

Para cumplir la excelsa labor que le ha sido destinada, América tiene que dar un paso previo: debe conocerse a sí misma y darse a conocer en el mundo. Y a esa labor intermedia se sienten llamados los españoles que colaboran en *Cuadernos Americanos*. Quieren intervenir en la revista para propagar una conciencia continental por América y provocar así el despertar de la conciencia americana a su idiosincrasia. Cada uno de los exiliados va a dirigir sus investigaciones respectivas considerando este objetivo, de ahí que José Gaos, por ejemplo, en el campo de la filosofía trate de dar un nuevo impulso a la historia de las ideas en América.²⁰

Como parte de las tareas necesarias para “favorecer el conocimiento de América”, se hace explícita en uno de los editoriales de *Cuadernos Americanos* la intención de estudiar con detenimiento el elemento precolombino porque “no podrá este continente conocerse por entero mientras siga ignorando la esencia entrañada en aquel mundo de sus primigenias culturas”. Una de las cuatro secciones de *Cuadernos*, la titulada “Presencia del Pasado”, se dedica específicamente al estudio de la etapa precolombina americana y a las manifestaciones culturales indígenas y refleja el deseo de emprender el estudio de América en cuanto “entidad precolombina”: “¿Cómo ignorar que en el complejo cultural desarrollado aquí con anterioridad a la llegada de los europeos revelóse libremente uno de los factores esenciales de América?”²¹ Como dedicados colaboradores de esta revista, los exiliados no dejan de reconocer la importancia que el elemento indígena tiene en la construcción de la historia americana. Giner de los Ríos así lo explica:

Las deidades indias, los monumentos arquitectónicos y poéticos, la mitología toda del indígena americano sirven para fijar las señales e influencias en la historia hispanoamericana de ese ingrediente suyo que nada ni nadie ha podido borrar, y sin contar con el cual sería imposible una comprensión exacta de la misma.²²

Los exiliados ven a América como un continente surgido del choque entre el mundo preco-

lombino y el europeo, colisión que le aporta su idiosincrasia e identidad mestiza. Larrea ve reflejada esta identidad mestiza en Posada, por ejemplo, porque este pintor representa para él la manifestación cultural americana por antonomasia nacida de “...la porfía entre ambos abo- lengos, entre ambas metafísicas, la autóctona y la del hombre blanco y barbado”.²³

La hermana mayor

El respeto y el interés que estos intelectuales españoles demuestran por la “diferencia” americana les separa de la visión oficial de América que lanza el franquismo. Las visiones de América dadas por los españoles, como la propia España, también se dividen. Como explica Adolfo Sánchez Vázquez, las ideas de los exiliados sobre América son las más abiertas y tolerantes, las propias de la otra España, la disidente y la expulsada por serlo. Señala este autor que

...para los exiliados había otra España (no es casual que en México publicaran la revista titulada *Las Españas*), que, con un sentido espiritual, quijotesco, humanista, se distancia de la Modernidad europea y proyecta sus ideales y valores en América. Y esa España que personifican Vives, Las Casas, Vasco de Quiroga, Cossío o Machado, es la que se opone en la propia América a los desafueros del Imperio, al avasallamiento y destrucción de los indios.²⁴

Identificarse con una España que ha sido marginada por otra desde el principio de su historia, les permite a los exiliados ver en el criollo y en su continente —en su lucha contra “un Estado cuyas instituciones involucionaban hacia lo anti-moderno”— su proyección trasatlántica, aunque también aquí lleva ventaja y recibe admiración lo americano. Las siguientes palabras de Francisco Carmona Nenclares así lo reconocen: “...los criollos liberales rompieron un día con España mientras el liberalismo ibérico [...] fue derrotado una y otra vez. La última en 1936-1939. *Los criollos lograron un día librarse*

de España, pero el liberalismo español no ha logrado todavía su victoria definitiva".²⁵ Con las siguientes palabras se refería Francisco Ayala al proceso de independencia:

La historia de España o de los españoles a uno y a otro lado del Atlántico, durante los dos primeros tercios de ese siglo [XIX], puede resumirse como la pugna de la civilización (es decir, del nacionalismo liberal burgués) contra el tradicionalismo católico-absolutista y la barbarie.²⁶

De manera similar, Gaos considera a España "...la última colonia de sí misma que queda por hacerse independiente, no sólo espiritual sino políticamente".²⁷

No se sienten los exiliados, por su condición de españoles, distanciados de los americanos, sino que, al contrario, junto a éstos, creen pertenecer a una única comunidad enfrentada al mismo monstruo: el imperialismo español. Y, en las circunstancias que viven en plena contienda mundial, en las que el monstruo vuelve a despertar, consideran necesaria la unión de los dos grupos. Como explica Francisco Carmona Nenclares, la España de la "espiritualidad y universalidad" está en el presente junto a los americanos en el mismo bando opuesto a la otra España, la del "orgullo y la crueldad ibéricas".²⁸

En proyectos como *Cuadernos Americanos* los exiliados creen ver reunidas, tras más de cien años de separación y diferente suerte histórica, las dos corrientes del liberalismo hispánico: por una parte, se encuentra —explica Giner de los Ríos— una comunidad de españoles que supo "encontrar la luz de España combatiendo por su libertad, y que, en su transitoria derrota y extrañamiento" busca a España y "...se busca España en todos los sitios y por todos los medios, seguros de lo español de su propia raíz y de lo español entero del hilo que les condujo a su coyuntura y fe actuales"; y, por otra parte, se halla "...con una fuerza avasalladora de juventud y de acción constante, esa conciencia hispanoamericana que se ha levantado por sus propios fueros en estos años cruciales en la historia del mundo, buscadora

de su propio sitio y de sus hasta hoy desdibujados genio y figura".²⁹

Los exiliados, sucesores de los brotes liberales españoles, se sienten en comunidad política con los americanos que les han acogido en su destierro y a los que consideran descendientes espirituales de los independentistas porque creen compartir con ellos sus ideas liberales. Se ven, en definitiva, como dos diferentes manifestaciones en el presente de la que fuera una misma fuente liberal en el pasado. Aunque merecería una investigación aparte, no se puede dejar de mencionar la peculiar interpretación de los procesos de independencia americanos que ofrecen estos autores. Su caracterización de las revueltas independentistas como liberales resulta una simplificación maniquea ya que, en el caso particular de la independencia mexicana, fueron los sectores conservadores los que la lideraron y la hicieron triunfar. Señala Luis Villoro que, después de diez años de lucha independentista, la separación se llevó a cabo, pero sus términos resultaban muy distintos a los que, en un principio, la revolución popular había planteado y, frente a las innovaciones del liberalismo, la rebelión no propugnó "ninguna transformación social importante del antiguo régimen" y reivindicó más bien ideas conservadoras. "Se trata de un episodio —señala Villoro— en que una fracción del partido contrarrevolucionario —los grupos criollos de la oligarquía— suplanta a otra, los europeos."³⁰

Los exiliados distorsionan el carácter conservador de los movimientos de independencia hasta conferirles el tinte liberal que la explicación de Villoro niega. Sólo transformando el carácter de esas revueltas pueden convertirlas en una lucha afín a la que ellos habían emprendido en España y hermanarse así con los que ellos consideran los sucesores de los independentistas americanos. Teniendo en cuenta tal interpretación de la independencia no es difícil entender el orgullo con que hablan de ella: según Bosch Gimpera, las revueltas independentistas son la más clara muestra del "legado de espíritu" ofrecido por España al "mundo que contribuyó a formar" y fenómeno que dio origen a la sociedad americana que ahora, como último refugio de la libertad, es ejemplo para el resto del mundo.³¹



Olmedo predica el evangelio a Moctezuma y a su corte. Enconchado. Miguel y Juan González, 1698. Serie de la conquista de México. Museo de América.

Nuestra oportunidad

Es desde esta conciencia de pertenecer a la misma comunidad que sus hermanos americanos y de considerarse junto a ellos como la manifestación última del liberalismo hispano, desde donde los exiliados defienden el potencial del continente para que en esta hora clave de su historia aproveche lo que, en palabras de Francisco Ayala, es una “nueva oportunidad histórica para la cultura hispana”.³² En una llamada a la toma de conciencia de “la coyuntura hispánica,” Ayala es uno de los que con mayor fe alienta al mundo hispano a aprovechar lo que puede ser su nueva aurora. En “la catástrofe sufrida por el Occidente” ve el autor la causa de la pérdida del prestigio de “la civilización moderna [...] entre nosotros”, circunstancia que beneficia a la “gran rama hispánica” porque la coloca

...por de pronto en un plano de igualdad con sus demás ramas, abocándonos con inexorable necesidad a la construcción de un futuro para el que no han de servir sino como estorbo la mayor parte de los viejos materiales. Pero esta igualación significa para nosotros el punto inicial de nuestra oportunidad.³³

Paradójicamente, el mundo hispano —relegado desde el Renacimiento por esa misma Europa que ahora se desintegra a una posición pasiva y subordinada— adquiere en el presente su gran autoridad moral desde esa misma condición marginal, pues ella le exime de “cargos más graves en la actual catástrofe, y le deja la conciencia hasta cierto punto despejada”.³⁴

La recuperación de la conciencia de comunidad en el mundo hispano aparece como una de las reclamaciones más repetidas en los artículos de los exiliados. Sin embargo, el hispanismo del que estos exiliados hablan y del que reclaman estudio y conciencia parece querer conscientemente diferenciarse de otras formulaciones, anteriores o contemporáneas, en las que el supuesto espíritu de comunidad y la colaboración española con el continente americano enmascaraba un imperialismo cultural.

Dos Españas, dos Américas

Como hemos apuntado, la línea divisoria entre las dos Españas también opone sus respectivas concepciones y proyectos para con América. Los exiliados republicanos critican el concepto de hispanidad de los franquistas porque en él perciben con horror los ecos del pasado imperial español, las terribles aspiraciones —de nuevo en palabras de Pedro Bosch-Gimpera— de “...continuar la herencia de un Estado que pretendió la hegemonía mundial y que aherrojó las libertades de los pueblos de España y de América”.³⁵ En este mismo sentido, Giner de los Ríos defiende la revalorización del “signo hispánico” bajo el cual están “reunidas” España e Hispanoamérica y advierte que es otra cosa bien distinta a lo que “preconizan y mueven los españoles ‘oficiales’ de hoy”. Su hispanismo se opone, según él, al de “esa hispanidad que se nutre en el más ridículo —aunque nada inofensivo— de los imperialismos”.³⁶

La América que ellos conocen y quieren llevar hasta su esplendor último, ese continente formado por “pueblos libres”, constituidos precisamente por “su resistencia al dominio” y por ello admirados, no puede dialogar ni entenderse con un régimen como el franquista sin perderse en la esquizofrenia al negarse a ella misma el futuro y la tarea que en realidad tiene por delante. Señala Pedro Bosch-Gimpera que el diálogo es posible

...tan sólo con una España libre y democrática, consciente de su verdadera tradición y de que ella ha contribuido a formar altos valores humanos, dispuesta a nuevas aportaciones generosas al acervo común, sin la menor sombra de imperialismo, en un pie de absoluta igualdad.³⁷

Para estos exiliados, la República española es el único gobierno que puede convertirse en verdadero interlocutor de esa América libertada, porque el régimen republicano

...significaba que también España se había libertado al fin de lo mismo que había opri-

mido a América revelando que la opresora no había sido España —que volcó su espíritu en América— sino su Estado imperial continuado a través de su decadencia hasta la política de los últimos borbones.³⁸

La hispanidad franquista disimula, según ellos, bajo los lazos de lengua y de cultura, una reivindicación de las tradiciones imperiales, un retroceso en la historia americana, como especifica Carmona Nenclares, “a la situación anterior a 1800” y eso es algo que los exiliados republicanos critican con firmeza porque aceptarlo sería intentar suprimir el tiempo para ignorar el proceso de la Independencia, un proceso del pasado americano que ellos admiran profundamente.³⁹

Y la misma división que los exiliados hallan entre su propia visión de América y la que promulgan los franquistas se repite, según los primeros, también sobre el mismo territorio americano, siendo la hispanidad proyectada más allá de las fronteras ibéricas para encontrar su proyección trasatlántica, de acuerdo con Carmona Nenclares, en “los ibero-americanos fascistas”.⁴⁰ La diferencia entre las dos distintas visiones de América de exiliados y franquistas queda categorizada por Carmona Nenclares bajo los términos “hispanismo” e “hispanidad” respectivamente. El hispanismo es definido por este autor como “un conjunto de fenómenos político-sociales derivados de la presencia de España en América” o aquello que, desde el punto de vista material o ético, “contribuye” a que los países iberoamericanos alcancen “el límite máximo de su nivel histórico propio” mientras que la hispanidad es vista como un fenómeno “espontáneo” de “índole nazi-falangista” que aspira a “la supresión del tiempo”.⁴¹

Sin embargo, la clasificación de Carmona Nenclares no refleja toda la complejidad que ambos términos comportan. La hispanidad, al contrario de lo que opina Carmona Nenclares, no es una concepción espontánea surgida con los primeros brotes fascistas, sino que hunde sus raíces en el hispanismo más conservador del XIX y de comienzos del XX. No es difícil interpretarla como la tendencia más imperialista del hispanismo, en curso paralelo a la de los exiliados, quienes

tienen sus predecesores en el hispanismo de tendencia más liberal. No se da, por tanto, una división tan tajante entre ambas formulaciones como la que plantea Carmona Nenclares, aunque sí se puede apreciar la aparición de algunos aspectos más tolerantes y novedosos en la concepción de los exiliados.

Las dos concepciones tienen en común la defensa de una comunidad hispana cultural, la visión de la América hispana como depositaria del espíritu —idea que expresa ya Ángel Ganivet— frente a la América anglosajona, más conectada a lo material. Sienten también el mismo recelo ante la influencia de otras tradiciones europeas en América —influencia temida incluso hasta por liberales como Rafael Altamira. Sin embargo, los exiliados mantienen la particularidad del hispanismo liberal decimonónico al mostrar simpatía por los principios democráticos surgidos en América, rasgo éste que, junto a la desaparición del carácter católico de su proyecto, les diferencia del tono imperialista del hispanismo más extremadamente conservador. Asimismo, también hay diferencias entre los exiliados y sus predecesores liberales: si el hispanismo liberal concebía la relación de España con los países americanos como la de una madre con sus hijas, los exiliados —como hemos visto— conciben esa relación ya no unidireccionalmente y defienden, frente a la hegemonía espiritual y moral decimonónica, la cooperación entre iguales, en la que América pasa, en ocasiones, de ser dependiente de España a ser un modelo para ella. Y otro de los puntos que hace su hispanismo peculiar es la más profunda y seria consideración del elemento indígena y el respeto al elemento precolombino como parte esencial del ser americano y sin el cual creen incompleto cualquier estudio sobre América.⁴²

La clasificación maniquea de Carmona Nenclares sólo puede entenderse, como ocurría en el caso de la interpretación de los movimientos de independencia americanos, como un intento de proyectar sobre los territorios americanos las divisiones que en esos años se produjeron entre españoles y como un ejemplo de lo que Michael Ugarte denomina “el tono moralmente defensivo del exilio”.⁴³ Los escritos de estos exiliados pretenden ser una lección de conducta frente a

las intenciones caudillistas. En esa lucha establecida entre la voz oficial y la voz crítica marginal, la segunda pretende verse legitimada y superar a la primera, si no en poder, sí al menos en autoridad moral

Desde el supra-exilio

Al luchar los exiliados y americanos liberales contra los defensores del autoritarismo español y americano, el problema de las dos Españas cobra una nueva dimensión trasatlántica. Más allá de las fronteras españolas, se concibe este problema desde una nueva perspectiva y se convierte en el reflejo de otro problema de trascendencia universal: el de la lucha entre la libertad y el autoritarismo. Surge así una nueva conciencia entre estos españoles. Traspasando los límites del país originario, se identifican ahora con otra comunidad supra-nacional creada no con base en el lugar de nacimiento, sino en convicciones políticas. Como explica Gaos, más allá de la *patria de origen*, está la *patria de destino*, que es la que de verdad elige la persona. Como tal patria de destino ellos han elegido América, y en concreto México, porque allí pueden desarrollar los proyectos que en España resultaban imposibles y pueden llevar a cabo, en definitiva, la “realización de su utopía” que es la de trabajar en y por la libertad.⁴⁴ En ella encuentran los exiliados el ambiente político e intelectual por el que en vano habían luchado en España y esas condiciones favorables ganan a los intelectuales españoles para la causa americana. Afirma con entusiasmo Gaos: “...sintamos este esencial ser de América y amemos la tierra, con todas sus cosas, materiales y espirituales, que lo incorpora”. En ella los españoles se sienten tan americanos o “...incluso más, que aquellos que lo son, por paradójica que resulte la afirmación”, hasta tal punto que no se sienten en destierro, sino “transterrados”.⁴⁵

Después de largos años de exilio y apagada la primera euforia con que expresaba sus ideas en los artículos de *Cuadernos Americanos*, José Gaos es quien con mayor complejidad explica las posibles causas de la rápida adaptación de los exiliados a México:

Lo que México tiene de afín con España facilitaba la adaptación, y lo que tiene de privativo interesaba el lograrla. En todo caso, la adaptación consistió, no sólo en continuar con lo español de España por participación de lo español de México, sino también en una modificación mayor o menor de lo español de España por obra de lo no español de México.⁴⁶

De entre los posibles puntos comunes desde los que pueden encontrarse mexicanos y españoles, destacan dos factores: el político y el intelectual. Respecto al primero, señala Gaos lo importante que fue para la adaptación el hecho de que “la Revolución fuera partidaria de la República”; y en cuanto al segundo, señala el clima de cooperación que se dio entre los intelectuales españoles y mexicanos:

...los intelectuales de la Revolución dieron a los de la República una acogida hecha de amistad personal en casos, pero en general de simpatía y de proyectos de colaboración. Con una generosidad y una perspicacia émulas entre sí, fundadas en la conciencia, bien fundada a su vez, de la propia valía, y de la de su patria, o, en suma, con un patriotismo ejemplar por la clarividencia y la altura de sus miras, en vez de recelar del prestigio de aquella España que estimaban, pensaron más bien, en la complacencia, en la apropiación de él por su país.⁴⁷

Todos estos factores facilitaron, sin duda, la positiva visión que los españoles tuvieron de México y los fructíferos esfuerzos que en su entorno intelectual llevaron a cabo. Estos refugiados no se resignaron, en los primeros años, a vivir en México remedando en él lo que habían perdido en España, sino que aprovecharon las nuevas circunstancias ventajosas que, paradójicamente, una desgracia como la del éxodo tras la Guerra Civil había provocado. En lugar de reflejar melancolía por la condición de desterrado, exiliados como Gaos expresan con orgullo su nuevo estatus de transterrado, aquel que encuentra una nueva patria, que

incluye a la primera y la mejora. Este autor lo explica así:

...los refugiados, que habían sido unos inadaptados en la España que por ello habían querido reemplazar por otra a la que estuvieran adaptados, se encontraron con un México muy afín a la España con que habían querido reemplazar la otra —un Estado liberal promotor de bienestar y progreso con justicia social— y al que por tanto eran más adaptables que a esta última.⁴⁸

A pesar de la dificultad de clasificación que presentan las expresiones del exilio, fenómeno

Notas

* Este trabajo se benefició de los útiles comentarios de Ángel Loureiro y Luis Marentes. Una primera versión fue presentada en el III Coloquio Internacional "La literatura y la cultura del exilio republicano español de 1939", celebrado en San Antonio de los Baños (La Habana, Cuba) en julio del 2000.

¹ Vicente Lloréns, "Entre España y América. En torno a la emigración republicana de 1939", *Literatura, historia, política*, Madrid, Revista de Occidente, 1967, p. 255.

² Gabriel Vargas Lozano, "Cincuenta años del exilio (filosófico) español del 39", *Plural*, 18, 216, p. 81.

³ Explica José Luis Abellán la teoría de las dos patrias de Gaos: "En esta identificación con la nación mexicana, Gaos ha llegado a formular su teoría de las dos patrias: la de 'origen', que nos viene dada por un azar más allá de toda decisión personal, y la patria de 'destino', libremente elegida, por coincidir con el proyecto de vida que voluntariamente nos hemos impuesto. Entre España, 'patria de origen' y México, 'patria de destino', Gaos parece complacerse en una aceptación espontáneamente vivida de la segunda" (véase José Luis Abellán, *La idea de América: origen y evolución*, Madrid, Istmo, 1972, pp. 133-134).

⁴ Juan Marichal, "Las fases políticas del exilio (1939-1975)", en José Luis Abellán (ed.), *El exilio español de 1939*, II, Madrid, Taurus, 1976, pp. 229-236.

⁵ José María Naharro-Calderón, *Entre el exilio y el interior: el "entresiglo" y Juan Ramón Jiménez*, Barcelona, Anthropos, 1994, p. 38. La fase denominada por Naharro-Calderón "supra-exilio" coincidiría con la que Claudio Guillén denomina "contra-exilio" (ver Claudio Guillén, "The Writer in Exile or the Literature of Exile and Counter-Exile", en *Books Abroad*, 50, 1976, p. 275).

siempre reacio a ser aprisionado por las categorías, se aceptan los artículos estudiados en este trabajo como evidentes muestras del supra-exilio, pues en ellos se aprecia la búsqueda de la relevancia de la expulsión a través del encuentro, identificación y colaboración con la nueva realidad a la que se han visto *trasterrados*. Españoles en éxodo como los que en este trabajo fueron citados encuentran esa trascendencia en la América de 1939 —en particular en México— que, ante una España y una Europa en ruinas, es defendida como la última esperanza del mundo y el refugio salvador de la libertad. Se identifican con un proyecto americano y universal de cuya defensa y divulgación se encargan sus testimonios en *Cuadernos Americanos*.

⁶ Juan Larrea, "Hacia una definición de América: dos cartas", en *Cuadernos Americanos*, 6, 6, 1942, pp. 11-12.

⁷ *Ibid.*, p.13. En "El pan y la palabra", Juan Larrea indica que el único posible destino del hombre precavido es América porque ésta es "el único territorio del planeta donde ha de seguir existiendo aquel grado sumo de libertad indispensable para que la imaginación creadora pueda desplegar intelectualmente sus alas. Es decir, como si fuera este continente aquel que ha de presenciar el triunfo del ser humano, la proyección de la garganta en que se articularán de consuno el pan y la palabra, la vida sensible y la vida inteligible; donde habrá de instaurarse inicialmente —¡Oh, Cantar de los Cantares!— el reino primaveral de la canción" (véase Juan Larrea, "El pan y la palabra", *Cuadernos Americanos*, 14, 2, p. 45).

⁸ José Gaos, "Palabras encendidas", *Cuadernos Americanos*, 5, 2, 1946, p. 78.

⁹ Juan Larrea, "Nuestra alba de oro", *Cuadernos Americanos*, 1, 1, 1942, p. 63. Esta doble previsión, catastrófica para Europa, esperanzadora para América, guarda similitud con las teorías de Oswald Spengler. Éste concebía las diferentes culturas como organismos que tras nacer y desarrollarse, finalmente morían. Spengler, en línea similar a las palabras de Larrea, vaticinaba la muerte del Oeste y el desarrollo hacia el esplendor de otras culturas (véase Oswald Spengler, "Cultures as Organisms", en Manfred P. Fleischer (ed.), *The Decline of the West*, Holt, Rinehart and Winston, 1970, pp. 18-20).

¹⁰ José Gaos, *op. cit.*, p. 78.

¹¹ Juan Larrea, "Fin de la guerra", *Cuadernos Americanos*, 20, 2, 1945, p. 13.

¹² Juan Larrea, "Decoro de la pintura", *Cuadernos Americanos*, 5, 23, 1945, p. 265.

¹³ Francisco Giner de los Ríos, "Razón de México y España", *Cuadernos Americanos*, 5, 23, 1945, pp. 70-74.

¹⁴ Juan Larrea, "Fin de la guerra", *op. cit.*, p. 24.

¹⁵ Estas dos circunstancias les permiten a los exiliados creer en la efectividad del gobierno español formado en el exilio. Señala Giner de los Ríos en 1945 que "españoles y mexicanos vieron renacer, en medio de un entusiasmo extraordinario, un régimen que no amilanó la derrota transitoria. Y al amparo de México, en su seno, se está formando en los momentos que escribimos [...] el gobierno español que ha de procurar la reconquista de las libertades nacionales" (ver Francisco Giner de los Ríos, "Razón de México y España", *op. cit.*, p. 74).

¹⁶ Juan Larrea, "Hacia una definición de América: dos cartas", *op. cit.*, p. 15. Indica Larrea que "el territorio europeo pertenece todavía al esquema belicoso y no podrá gozar de auténtica estabilidad —don de universo—, sino cuando el continente del Espíritu, América, ejerciendo una atracción dislocadora sobre cada uno de los bloques Occidente y Oriente, contribuya con su presencia a instaurar el equilibrio universal en todo el mundo".

¹⁷ Juan Larrea, "El pan y la palabra", *op. cit.*, p. 44.

¹⁸ *Ibid.*, p. 48.

¹⁹ José Gaos, "Palabras encendidas", *op. cit.*, p. 79.

²⁰ Véase el capítulo dedicado al estudio de la contribución de José Gaos al pensamiento hispanoamericano en José Luis Abellán, *La idea de América: origen y evolución*, *op. cit.*, p. 130. En el segundo año de vida de *Cuadernos Americanos* José Gaos ya publica un primer artículo sobre este tema (véase José Gaos, "Significación filosófica del pensamiento hispano-americano", *Cuadernos Americanos*, 8, 2, 1943, pp. 63-86).

²¹ V.V.A.A., "Conocimiento de América", *Cuadernos Americanos*, 3, 3, 1942, pp. 117-118.

²² Francisco Giner de los Ríos, "De la conquista a la independencia", *Cuadernos Americanos*, 18, 6, 1944, p. 199.

²³ Juan Larrea, "Posada", *Cuadernos Americanos*, 9, 3, 1943, p. 234. Semejante opinión subyace en uno de los editoriales de la revista: "Conocer a América supone desentrañar la parte que en su pasado y, por tanto, en su porvenir, corresponde al elemento materno o autóctono antes del choque habido con el elemento paterno constituido por la invasión europea. De la compenetración de ambos términos está surgiendo y surgirá aún más decisivamente el nuevo hombre y la nueva conciencia capaz de encararse de manera distinta con la realidad universal en cuyas proximidades nos movemos" (véase V.V.A.A., "Conocimiento de América", *op. cit.*, pp. 119-120).

²⁴ Véase Adolfo Sánchez Vázquez, "Exilio y filosofía.

La aportación de los exiliados españoles al filosofar latinoamericano", *Cuadernos Americanos* (nueva época), 30, 6, 1991, pp. 149-150.

²⁵ Francisco Carmona-Nenclares, "Hispanismo e hispanidad", *Cuadernos Americanos*, 3, 3, 1942, pp. 49-50 (énfasis en el original).

²⁶ Véase Francisco Ayala, *Razón del mundo: la pre-ocupación de España*, Xalapa, Universidad Veracruzana, México, 1962, p. 12.

²⁷ Hanns-Albert Steger, "El Colegio de México y la experiencia del exilio", *Cuadernos Americanos* (nueva época), 50, 2, 1995, p. 145).

²⁸ Francisco Carmona-Nenclares, *op. cit.*, p. 50.

²⁹ Francisco Giner de los Ríos, *op. cit.*, pp. 196-197.

³⁰ Luis Villoro, "La revolución de independencia", en *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 1981, pp. 639-640.

³¹ Pedro Bosch-Gimpera, "Los universitarios españoles y Franco", *Cuadernos Americanos*, 13, 1, 1944, p. 61.

³² Francisco Ayala, "La coyuntura hispánica", *Cuadernos Americanos*, 10, 4, 1943, p. 95.

³³ *Ibid.*, p. 96.

³⁴ *Ibid.*, p. 70.

³⁵ Pedro Bosch-Gimpera, *op. cit.*, p. 64.

³⁶ Francisco Giner de los Ríos, "De la conquista a la independencia", *op. cit.*, p. 197.

³⁷ Pedro Bosch-Gimpera, *op. cit.*, p. 64.

³⁸ *Ibid.*, p. 64.

³⁹ Francisco Carmona Nenclares, "Hispanismo e hispanidad", *op. cit.*, p. 51.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 52. Para profundizar en las tensiones entre falangistas y simpatizantes de la causa republicana en el México de la década de los años treinta y cuarenta véase Ricardo Pérez Monfort, *Hispanismo y falange*, FCE, 1992.

⁴¹ F. Carmona Nenclares, "Hispanismo e hispanidad", *op. cit.*, pp. 44-51.

⁴² Para un estudio de la historia del hispanismo consúltese el primer capítulo de Ricardo Pérez Monfort, *op. cit.*

⁴³ Michael Ugarte, *Shifting Ground. Spanish Civil War Exile Literature*, Durham and London, Duke University Press, 1989, p. 24.

⁴⁴ José Gaos, "Palabras encendidas", *op. cit.*, pp. 77-78.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 78.

⁴⁶ José Gaos, "La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana", *Revista de Occidente*, 38, 1966, p. 177.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 172.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 173.



Destrucción de los ídolos de Cempoala ante la oposición de Olmedo. Grabado de José Ximeno y Juan Moreno Tejada; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, edición de Madrid, Antonio de Sancha, 1783.